

Dámaso Berenguer y sus lecciones sobre la guerra asimétrica en el Norte de Marruecos (1918-1923)

Dámaso Berenguer and his lessons about the asymmetric war in the North of Morocco (1918-1923)

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca
mariagajate@usal.es

Resumen: El general Dámaso Berenguer Fusté desempeñó el cargo de Alto Comisario de España en Marruecos entre 1919 y 1922, un periodo crítico en el que se registró el conocido como Desastre de Annual. Además de constituir uno de los principales protagonistas de este episodio, así como de la “reconquista” y del paralelo proceso de depuración de responsabilidades, Berenguer fue un estudioso de las tácticas empleadas en la contienda hispano-marroquí y, también, un profundo admirador de la obra de su homólogo francés, el mariscal Lyautey. Desde estas premisas, el artículo profundiza en las reflexiones y formulaciones de Berenguer a propósito de las campañas de Marruecos, fundamentalmente las recogidas en sus libros *La guerra en Marruecos (ensayo de una adaptación táctica)* (1918) y *Campañas en el Rif y Yebala: notas y documentos de mi diario de operaciones* (1923). Con este análisis se pretende conocer y comprender cómo el Alto Comisario concibió la práctica de la guerra asimétrica en el escenario marroquí y hasta qué punto se sintió satisfecho con su labor directiva. Para lograr tal propósito, se analizarán, en primer lugar, las fuentes de inspiración del general Berenguer. Nos referiremos, fundamentalmente, al ejemplo francés, pero también al recuerdo de la experiencia cubana. En segundo lugar, se explorará la correspondencia entre el modelo táctico de Berenguer y su relato sobre los hechos ocurridos en el verano de 1921. Por último, todo este ejercicio de comparación entre doctrina y práctica (también entre regiones occidental y oriental) servirá para extraer algunas conclusiones sobre las particularidades de la guerra asimétrica en el Norte de Marruecos..

Palabras clave: Dámaso Berenguer, guerra asimétrica, Protectorado, Lyautey, mancha de aceite.

Abstract: General Dámaso Berenguer Fusté served as High Commissioner of Spain in Morocco between 1919 and 1922, a critical period in which the so-called Disaster of Annual took place. In addition to playing a part as one of the main protagonists of this episode, as well as of the “reconquest” and the parallel process of responsibility assumption, Berenguer was a devoted student of the tactics used in the Spanish-Moroccan conflict and a profound admirer of the work of his French counterpart, Marshal Lyautey. Based on these premises, this article delves into Berenguer's thoughts and formulations on the Moroccan campaigns, mainly those collected in his books *La guerra en Marruecos (ensayo de una adaptación táctica)* (1918) and *Campañas en el Rif y Yebala: notas y documentos de mi diario de operaciones* (1923). The aim of this analysis is to learn and understand how the High Commissioner conceived the practice of asymmetric warfare on the Moroccan scene and to what extent he was satisfied with his own leadership. To this end, General Berenguer's sources of inspiration will first be explored, focusing particularly on the French example but also on the memory of the recent Spanish experience in Cuba. Secondly, the correspondence between Berenguer's tactical model and his account of the events of the summer of 1921 will be equally explored. Finally, this whole comparison exercise between doctrine and practice (also between western and eastern regions) will serve to draw some conclusions on the peculiarities of asymmetrical warfare in Northern Morocco.

Keywords: Dámaso Berenguer, asymmetric war, Protectorate, Lyautey, oil stain.

Para citar este artículo: María GAJATE BAJO: “Dámaso Berenguer y sus lecciones sobre la guerra asimétrica en el Norte de Marruecos (1918-1923)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 11, N° 23 (2022), pp. 62-84.

Recibido 17/06/2022

Aceptado 19/12/2022

Dámaso Berenguer y sus lecciones sobre la guerra asimétrica en el Norte de Marruecos (1918-1923)

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca
mariagajate@usal.es

Introducción

El 13 de julio de 1921, una semana antes de la histórica retirada de Annual, el general Berenguer manifestó con entusiasmo ante los lectores de *El Sol* lo siguiente:

El pueblo español puede estar seguro de que la obra de Marruecos se llevará a cabo, y con éxito, sin combates [...] El esfuerzo militar está ya hecho; y no solo no superará, sino que no igualará siquiera a los combates antiguos [...] Yo espero conseguirlo sin bajas [...] En cuanto a la necesidad de enviar más tropas a Marruecos, consideraría como un fracaso tener que pedir más fuerzas.¹

Con su mirada clavada en las operaciones de las montañas yebalíes y a la luz de estas palabras, se puede afirmar que, en aquel verano, el Alto Comisario de España en Marruecos no apreció la gravedad de la situación planteada en la Comandancia General de Melilla. No lo hizo, al menos, hasta que fue demasiado tarde. O quizás, quién sabe, no quiso enterarse.

Ante la imposibilidad de adentrarnos en el pantanoso terreno de las intenciones, nos conformaremos con empezar subrayando que Dámaso Berenguer fue uno de los personajes más intrigantes y complejos de los que protagonizaron las campañas de Marruecos. Una breve, pero significativa parte de su vida profesional, estuvo ligada al continente africano.² Aquí acumuló las distinciones y méritos que ayudan a entender su meteórica carrera: en 1911, siendo teniente coronel, se le encomendó la dirección de las fuerzas regulares indígenas de Melilla y, durante el desarrollo de la campaña del Kert, intervino en los combates de Monte Arruit, en Taurit Narrich, en Beni Sidel, etc. Ascendido a coronel en 1912, y a general de brigada a mediados del año siguiente, ocupó

¹ “Declaraciones del general Berenguer”, *El Sol*, 13 de julio de 1921.

² Berenguer había luchado en Cuba entre 1894 y 1898, bajo las órdenes de Luque y Linares, futuros ministros de Guerra y personajes clave para entender su proyección política. Una década después llegaría a Marruecos, donde permaneció casi tres años antes de su nombramiento como Alto Comisario.

sucesivamente los puestos de Gobernador Militar de Málaga, Subsecretario del Ministerio de Guerra y Ministro del mismo ramo hasta que en enero de 1919 regresó a África, y en concreto a Tetuán, designado como Alto Comisario. Si bien su logro más celebrado fue la toma de Xauen, en octubre de 1920, su prestigio se vino abajo a raíz del Desastre de Annual. Condenado el 26 de junio de 1924 por el Consejo Supremo de Guerra y Marina, Berenguer fue amnistiado apenas una semana después, gracias al Real Decreto que concedía un amplio perdón para los implicados en aquella desbandada. Palaciego siempre, acabó dirigiendo la Casa Militar del Rey y desempeñando, desde enero de 1930 hasta febrero de 1931, la presidencia del Gobierno.

Al margen de su intenso periplo laboral y vital, Berenguer se revela a través de sus actuaciones, aunque sobre todo en sus escritos, como un militar obstinado; también, como un jefe con metas claras, prudente, habilidoso en el manejo de idiomas, aparte de minucioso en su quehacer diario; y, por último, como un político perspicaz y muy ambicioso. Debe añadirse, para completar esta caracterización rápida, que constituye poco menos que un axioma de la historiografía sobre las campañas de Marruecos destacar lo excepcional del interés de Dámaso Berenguer por los estudios teóricos sobre la guerra, sus enormes dotes estratégicas, así como su fascinación ante los progresos logrados por el mariscal Lyautey en el Protectorado francés en Marruecos.³ En efecto, su patrón de ocupación colonial fue unido a ideas tales como el énfasis en la atracción política, base de la penetración territorial, y el empleo secundario de la acción militar. No obstante, también bebió de otras fuentes, como se verá a continuación.

Lo que nos planteamos en este trabajo no es hasta qué punto el modelo *berenguerista* de intervención pudo ejecutarse con éxito en un contexto de guerra asimétrica.⁴ Es decir, que no se pretende efectuar un balance de su actuación en Marruecos;⁵ sí se desea, en cambio, examinar en primer lugar su *Ensayo de una adaptación táctica* con el propósito de entender mejor su libro posterior, *Campañas en el Rif y Yebala*. El objetivo es evaluar hasta qué punto el pensamiento estratégico y táctico de Berenguer en 1918, referido a la guerra asimétrica marroquí, y su versión de los hechos que precipitaron

³ Una reflexión sobre los diversos problemas que, en comparación, arrastraba la acción colonial española, en José Manuel AZCONA PASTOR y Miguel MADUEÑO ÁLVAREZ: “Lo soñado y acontecido: el sistema colonial español y sus efectos en Annual”, *Cuadernos de Investigación Histórica*, 38 (2021), pp. 13-30, DOI: <https://doi.org/10.51743/cih.236>

⁴ La guerra asimétrica es una contienda descompensada en cuanto a la potencialidad de los combatientes y en la que hay notables diferencias en los planteamientos estratégicos y procedimientos tácticos empleados. Una reflexión interesante sobre los procesos de innovación doctrinal y tecnológica durante estas contiendas en Guillermo LÓPEZ-RODRÍGUEZ: “Innovación militar en el ejército español durante la guerra de Marruecos (1921-1927)”, *Revista Española de Ciencia Política*, 51 (2019), pp. 155-173.

⁵ Remitimos a los trabajos de Pablo LA PORTE: *El Desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1997; Juan PANDO DESPIERTO: *Historia secreta de Annual*, Madrid, Temas de Hoy, 1999; Julio ALBI DE LA CUESTA: *En torno a Annual*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2014; o los más reciente de Jorge M. REVERTE: *El vuelo de los buitres. El Desastre de Annual y la guerra del Rif*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2021; y de José GARCÍA RODRÍGUEZ: *La incompetencia militar como principal causa del Desastre de Annual*, Cádiz, Tierra de Nadie, 2021.

Annual, narrada ya en 1923, se correspondieron. Puede anticiparse que, a pesar de la manifiesta admiración hacia la obra del Residente General francés, la capacidad y preparación de los medios al alcance de Berenguer fueron muy distintos –por distantes– a los de Lyautey: con un ejército fundamentalmente de conscripción, oficiales sin recompensas, escasez de caminos, tecnologías menos avanzadas que las galas, etc. Las circunstancias, además, también variaron sensiblemente. Por un lado, porque en la metrópolis, y frente a la fortaleza del lobby colonialista francés, Berenguer se topó con unos gobiernos vacilantes y una opinión pública extenuada –por momentos, furiosa; puntualmente, vengativa; casi siempre, resignada e ignorante–. Por otro, porque mientras que Francia se adueñó de las ricas regiones marroquíes de la Chauía o Marrakech, a España se le adjudicó el *hueso* de Yebala y la *espiná* del Rif. Tanto más espinoso en cuanto que el liderazgo de Abdelkrim no halló parangón en la zona gala.

El mariscal Lyautey: ¿el modelo táctico de Dámaso Berenguer?

Comencemos por aclarar dónde halló Berenguer su inspiración, familiarizándonos con la figura y obra del hombre fuerte en el Marruecos francés: el mariscal Lyautey, el más destacado «maestro en guerras coloniales de la actual generación». ⁶ Louis Hubert Gonzalve Lyautey fue un individuo tenaz y con acentuadas dotes de liderazgo. Irresistible en las distancias cortas, culto y enérgico, se relacionó mucho con diplomáticos, políticos y empresarios, curtiéndose como militar en Indochina, Madagascar y Argelia. De Gallieni aprendió el respeto hacia los nativos, conjugado con cierta fe en las políticas amedrentadoras –una suma de firmeza y justicia, siguiendo el dogma de que «es necesario saber gobernar con el mandarín, no contra el mandarín»–. ⁷ Desde abril de 1912 y hasta finales de 1925, como Comisario Residente General, concentró todos los poderes sobre la zona marroquí que se le asignó a Francia. Entre sus principios de actuación, sobresalieron estos: la defensa de la unidad de mando, lograda mediante una profunda reorganización de la Residencia General, del gobierno jerifiano y fraccionando el territorio en regiones administrativo-militares; ⁸ la convivencia de un modelo de control territorial total con otro restringido al Marruecos *útil*, según las circunstancias; y la defensa de la acción en equipo, conformando un gabinete militar de incondicionales, de colaboradores absolutamente comprometidos con su persona. Lyautey creó así una administración de

⁶ Dámaso BERENGUER: *La guerra de Marruecos (ensayo de una adaptación táctica)*, Madrid, Librería Fernando Fe, 1918, p. 51; asimismo, el Alto Comisario también aludió a una unidad doctrinaria con el mariscal en su siguiente libro: *Campañas del Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones*, Madrid, Sucesores de Regino Velasco, 1923, p. 196.

⁷ Fernando CABALLERO ECHEVARRÍA: *Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928). Análisis de factores que confluyen en un desastre militar: Annual*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2014, pp. 139-145.

⁸ Estas regiones fueron Mequinez, Fez, Marrakech, etc. Además, creó un Secretariado General del Gobierno Jerifiano (francés) y transfirió todas las funciones diplomáticas y militares de los visiratos a su cargo.

marcado componente militar, pese al carácter civil de su nombramiento y al descontento de Exteriores. Eso sí, exhibió también mimo en la selección del personal para las legaciones de comercio o infraestructuras.⁹

El protagonismo otorgado al ejército fue de la mano con su política más célebre para la atracción de los rebeldes: la extensión de la famosísima *mancha de aceite*. Lyautey apostó por un avance lento donde se priorizaba la acción política y el espionaje (servicios de inteligencia) hasta la asfixia de los disidentes, recluidos en los terrenos más abruptos.¹⁰ Berenguer, hagamos un inciso en este punto, lo definió así:

Todo movimiento hacia adelante debe de recibir, como sanción, la ocupación efectiva del terreno conquistado. Este es principio absoluto. Es el método de la *mancha de aceite*. No se gana terreno al frente, sino después de haber organizado el que se deja a retaguardia.¹¹

El Alto Comisario distinguió, no obstante, dos fases en la penetración: una primera «eminentemente militar»; y otra, una vez dispersos los elementos rebeldes, «atra- yendo a nuestra causa por una hábil política los elementos indígenas sometidos». ¹² Se percibe aquí ya una cierta discordancia con los planteamientos del avance galo. Cuando en 1918, el general Dámaso Berenguer formuló estos pensamientos, se desdecía de su apuesta previa como político, al frente de Guerra, en beneficio de la atracción política.

Entre las tropas francesas, las unidades metropolitanas apenas existieron, aunque dominaron en las armas técnicas. Se procuró siempre, por otra parte, acompañar a las unidades marroquíes con unidades indígenas de otras nacionalidades. Abundó el voluntariado y sobresalieron, en términos numéricos, los tiradores argelinos y tunecinos (que en 1920 sumaban el 40% del total de fuerzas).¹³ En el aspecto táctico, el denominado *grupo móvil* fue una unidad interarmas, dotada de todo lo imprescindible para las rutinas diarias y el combate. Se trataba de una evolución de la columna argelina, conformada con infantería, artillería y caballería, instruidos para actuar en territorios extensos y alejados de sus bases logísticas. En cuanto al servicio de inteligencia, aunque

⁹ Sobre las inquietudes de Lyautey en relación con la seguridad del Estrecho de Gibraltar y sobre sus prejuicios –de índole histórica y nutridos por la experiencia de la Gran Guerra– hacia España y Gran Bretaña, Pablo LA PORTE: “Lyautey l’européen: metropolitan ambitions, imperial designs and French rule in Morocco, 1912-1925”, *French History*, 30/1 (2016), pp. 99-120.

¹⁰ Este empleo *civilista* de la tropa no estuvo reñido con el hecho de que Francia se mostrase innovadora también en lo militar. Así, desde 1912 el ejército galo utilizó los cañones de 75 mm; a partir de 1913 emplearon por primera vez en Marruecos la aviación; se sumaron los carros de combate en 1920; y recurrieron a los camiones como principal herramienta para su ágil funcionamiento logístico. En conjunto, su despliegue tecnológico fue muy superior al español.

¹¹ Dámaso BERENGUER: *La guerra...*, p. 43.

¹² *Ibidem*, p. 42.

¹³ Fernando PUELL DE LA VILLA: “El ejército español en vísperas de Annual”, *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 39 (2021), pp. 17-47.

con unas funciones semejantes a las de los oficiales españoles de la Policía Indígena, se conformó como un verdadero cuerpo de élite. El acceso al mismo requería de una amplia experiencia y sus oficiales destacaron por el carácter responsable, abnegado y reflexivo.¹⁴ Mientras, en España la formación y conducta de la oficialidad de las fuerzas indígenas no fue jamás comparable a la de los franceses porque, entre otros motivos, las sucesivas propuestas de mejora educativa (de la Facultad de Letras de Granada, en 1919, o la puesta en funcionamiento de un Centro de Estudios Africanos en 1923) cayeron en saco roto.¹⁵

La Historia Militar de España, en general, y la experiencia cubana, en particular, también nutrieron el pensamiento de Berenguer a la hora de diseñar *sus recetas* para la guerra africana.¹⁶ En el prólogo de su primer librito, donde señala que pretende ayudar «a quien quiera informarse de estos asuntos para tener un concepto castizo de cómo tratar al moro»,¹⁷ se refirió al apresamiento de Boabdil y a la revuelta de las Alpujarras. Por cierto, rememoró la enemistad entre el marqués de Mondéjar y el presidente Deza para concluir con un «cuán peligrosa es la dualidad de mando».¹⁸ Una reflexión premonitrice a sabiendas de lo que vino más tarde. A propósito de Cuba, recordaba la política de reconcentración de Weyler, que le producía un absoluto rechazo;¹⁹ también, en cierto

¹⁴ Grégoire POTIRON de BOISFLEURY: *The origin of Marshal Lyautey's pacification doctrine in Morocco from 1912 to 1925*, Trabajo de Fin de Máster, Academia Militar de Fort Leavenworth (Kansas), 2011.

¹⁵ Sobre el porqué de las unidades indígenas véase Carlos GONZÁLEZ ROSADO: “Unidades indígenas en el marco del Desastre de Annual”, *Revista de Historia Militar*, extra I (2021), pp. 150-212; en cuanto a la preparación de los mandos véase José Luis ISABEL SÁNCHEZ: “La formación de los oficiales de infantería entre 1909 y 1921”, en Manuel ARAGÓN REYES (ed.), *El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida* (vol. 3), Bilbao, Iberdrola, 2013, pp.325-348.

¹⁶ Las guerras de contrainsurgencia apenas habían merecido la atención de los tratadistas militares españoles, pudiéndose destacar únicamente los trabajos del marqués del Duero, del general de brigada Martiniano Moreno, las *Guerras Irregulares* del teniente coronel Chacón, el manual de bolsillo para oficiales de Virgilio Cabanellas y los *Estudios de Arte Militar*, de Martín García y Gómez Souza. Remitimos, para profundizar en ellos, al estudio de Alberto GUERRERO MARTÍN: “Los procedimientos tácticos en las campañas de Marruecos”, *Guerra Colonial. Revista Digital*, 3 (2018), pp. 41-61.

¹⁷ Dámaso BERENGUER: *La guerra...*, p. 6. En el periodo 1918-1922 estuvo vigente el *Reglamento Táctico de 1914*, que incidía en la instrucción e iniciativa individuales, aunque sin mencionar la guerra asimétrica. Un repaso de los diferentes reglamentos al hilo de estas campañas en Andrés CASSINELLO PÉREZ: “El ejército español en Marruecos: organización, mandos, tropas y técnica militar”, en Manuel ARAGÓN REYES (ed.), *El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida* (vol. 3), Bilbao, Iberdrola, 2013, pp. 271-297. El autor, además, reflexiona sobre el esquema orgánico tan desordenado de las columnas, una herencia cubana, y explica cómo se organizaban las tropas indígenas en Marruecos.

¹⁸ *Ibidem*, p. 10. Recordó también la máxima napoleónica de «mejor un mal general que dos buenos».

¹⁹ *Ibidem*, p. 49 y pp. 77-80. Berenguer comparaba las marchas de Mangin en Marraquech con las columnas en formación profunda de Cuba. Se aprecia cómo priorizaba tanto la seguridad de la impedimenta como la facilidad para adoptar una formación de combate. También reparó en las actuaciones de Lyautey, al separar la avanzadilla del convoy, para ganar libertad de acción y se inclinó por una táctica de marcha en tres grupos, distinguiendo escalón de combate, convoy y escalón de maniobra a retaguardia.

momento, subrayó que «allí teníamos un curso completo de táctica de marchas de donde pudimos haber sacado preciosas enseñanzas».²⁰

Dámaso Berenguer sostuvo en todo momento que «la guerra africana», o «guerra de las montañas», no era un conflicto excepcional. El futuro Alto Comisario, con una notable experiencia a sus espaldas, tan solo consideraba más necesario que nunca el dominio sobre lo que tildaba de «arte», reclamando una perfecta instrucción táctica para contrarrestar las conductas imprevisibles del enemigo. Recomendaba el despliegue del menor número de gente posible, la obtención de amplios campos de tiro y el mantenimiento de un frente sutilmente ocupado, o incluso, partido.²¹ Pero a esto reducía las peculiaridades del combate asimétrico:

La guerra, sea la gran guerra, las guerras irregulares en naciones civilizadas o la guerra colonial contra enemigos que solo disponen de los recursos y conocimientos más primitivos del arte de pelear, obedece a los mismos principios inmutables [...] renunciar a ellos es abdicar las ventajas del arte.²²

Se refería, por tanto, a principios tales como el de la economía de fuerzas, la libertad de acción, la seguridad, el mando único, la proporcionalidad de los objetivos a las fuerzas y a los medios, etc. Frente a los pensadores que, desconcertados, entendieron la ocupación de Marruecos como algo *sui generis*, Berenguer fue el primer tratadista en apostar por un retorno a los clásicos.²³ Sus concepciones estratégicas, principalmente, se fundamentaron en el empleo de la columna interarmas:

Si en el campo de la estrategia la combinación de columnas es específico de seguros y positivos resultados; cuando el objetivo perseguido sea un objetivo táctico, hay que ponerse en guardia [...] Es una inocentada en que no tiene derecho a incurrir quien haya practicado este tipo de guerra.²⁴

²⁰ Ibidem, p. 68. Resulta muy sugerente la reflexión de Jensen sobre la evolución del pensamiento castrense hispano desde 1898 –alude a las aportaciones de Valeriano Weyler, con sus reconcentrados y los Cazadores de Valmaseda– hasta el conflicto de 1936. Plantea este hispanista también una atractiva contraposición entre el ortodoxo Ruiz Fornells y su sucesor en la Academia General, el «guerrillero e ignorante» Francisco Franco. Véase Geoffrey JENSEN: “The practise and politics of Spanish Counterinsurgency, 1895-1936”, en Shasha D. Pack (ed.), *Nation and conflict in Modern Spain*, Winconsin, Parallel Press, 2008, pp. 137-150.

²¹ Dámaso BERENGUER: *La guerra...*, p. 100.

²² Ibidem, p. 13.

²³ Roberto MUÑOZ BOLAÑOS: “Las campañas de Marruecos”, en VVAA, *Aproximación a la Historia Militar de España*, Madrid, Ministerio de Defensa, pp. 605-606.

²⁴ Dámaso BERENGUER: *La guerra...*, p. 47-48. Berenguer reconocía, indirectamente, que se necesitaba en Marruecos un enorme conocimiento cartográfico y una perfecta sincronización entre las columnas operantes.

También apostó por el orden de combate abierto en guerrillas y,²⁵ por último, defendió el creciente protagonismo de la caballería.²⁶ No se olvidó, además, de la experiencia de 1909 y de sus enseñanzas: la utilidad del apoyo artillero y de la observación aérea.²⁷ Desde 1919, estas columnas se reforzaron con baterías de apoyo, haciendo Berenguer de la templanza un principio doctrinal:

Es necesario que la infantería resista la tentación de responder a la extensión del frente del adversario con la extensión del frente propio [...] confiar más en esta primera fase del combate en la acción artillera [...] la serenidad del espíritu que quiere permanecer echado en el suelo lo más cubierto posible del fuego y de las vistas sin preocuparse de la avalancha enemiga que amenaza echarse encima, le permitirá ahorrar sus bajas [...] entonces sí puede y debe despegar sus alas.²⁸

Asimismo, como la proximidad de las bases de aprovisionamiento permitió prescindir de los trenes logísticos, la columna mixta española superó en maniobrabilidad y ligereza al grupo móvil galo.

A propósito del carácter belicoso de los rifeños y de los yebalíes, Berenguer no escatimó comentarios, incurriendo casi siempre en la reiteración de tópicos: la ferocidad, el deseo de botín, el carácter voluble, etc. En cierto pasaje, incluso muestra su familiaridad con un proverbio árabe: «Lo que asegura la victoria no es precisamente el número de enemigos que mueren en el combate, sino el de los que huyen de él presa del pánico».²⁹ En vista de lo ocurrido en Annual, bien pudiera pensarse que el proverbio también se aplicaba a la idiosincrasia del combatiente español. Como notas excepcionales, el general refutó la extendida idea sobre la habilidad en el tiro estos guerreros y mostró curiosidad por el proceso de conformación de las harkas así como por las motivaciones de los cabileños: «No es siempre la fe ni la idea de resistencia al invasor lo que les guía, sino la vanidad [...] los intereses personales de todos estos elementos [...] impiden que se llegue a un acuerdo».³⁰ Quedaba claro que Berenguer detectaba en estos enemigos una falta de coordinación de la que los españoles deberían sacar provecho. Se deducía, también,

²⁵ *Ibidem*, pp. 97-98. Berenguer sostuvo que el Ejército de África debía apoyarse en el amplio uso del fuego de artillería y ametralladoras y recurrió, una vez más, al recuerdo cubano: «Era una cosa corriente empeñar las acciones por un combate de desgaste sostenido por la artillería y las guerrillas, para lanzar la columna a la bayoneta en cuanto se habían dejado sentir los efectos del fuego sobre el enemigo».

²⁶ *Ibidem*, p. 92. Dámaso Berenguer confiaba en los jinetes indígenas y los empleaba para que la columna ganase flexibilidad.

²⁷ Las lecciones de este conflicto en las proximidades de Melilla quedaron recogidas por el Estado Mayor Central del Ejército: *Enseñanzas de la campaña del Rif en 1909*, Madrid: Talleres del Depósito de la Guerra, 1911; y Carlos BANÚS Y COMÁS: *Reflexiones acerca de las enseñanzas de la campaña del Rif en 1909*, Madrid: Imprenta del Memorial de ingenieros del ejército, 1912.

²⁸ Dámaso BERENGUER: *La guerra...*, pp. 158-159.

²⁹ *Ibidem*, p. 161.

³⁰ *Ibidem*, pp. 26-27.

cierta tendencia, muy común, a minusvalorar sus pretensiones en el largo plazo, sus hipotéticos proyectos políticos. De hecho, reiteró esta idea al sintetizar los modos nativos de combate:

La imposibilidad de dirección para un mando único no les permite dar variedad a su maniobra, reduciéndose esta a dos formas típicas [...] Ante la presencia de pequeños núcleos de fuerza o de una vanguardia audaz que se distancia de la columna, atraerla por una retirada simulada [...] y, después, llegados al terreno favorable para ello, una brusca reacción ofensiva por la que tratan de envolverla; ante la columna ya organizada para el combate o en marcha hacia su terreno de despliegue, un ataque fijante sobre el frente, seguido de un movimiento envolvente.³¹

El *paqueo*, aprovechándose de la densidad y de la lentitud de las columnas españolas, se sumaba a estas actuaciones y es lo que justificó algunas deducciones de Berenguer: la guerra asimétrica marroquí no era contra un ejército bien organizado y avituallado, por lo que exigía mucha más inteligencia, habilidad y, sobre todo, experiencia en el mando. Conviene detenerse en esta figura, en el mando, porque Berenguer vertió comentarios muy interesantes sobre él y sobre la elección de su puesto en combate.³² Así, por ejemplo, subrayó la necesaria «comunidad de ideas» entre el jefe que planea la maniobra y los ejecutantes.³³ Al que sería, probablemente, el más famoso de los altos comisarios que desfilaron por el Protectorado siempre le preocupó esa armonía entre mando y subordinados. En *Ensayo de una adaptación táctica* aludió a un «automatismo de la maniobra» y aclaró que se precisaba «contar con la aptitud personal del jefe para dirigir y orientar», y también «confiar en la espontánea adaptación de actitudes de sus ejecutantes».³⁴

Ahora bien, como ya se ha expuesto, la formación de la oficialidad española podía mejorarse. En cuanto a esa cuestión de la confianza, y si se avanza hacia el terreno de lo concreto, cuesta calibrar en qué medida Dámaso Berenguer se fio de la habilidad y de la voluntad del general Manuel Fernández Silvestre –un inferior jerárquico, pero más antiguo como general de brigada que el propio Berenguer– a la hora de aplicar sus planes en Melilla. Públicamente, desde luego, parecía convencido de sus posibilidades de éxito. Es imposible entender de otro modo sus pomposas declaraciones ante *El Sol*. Pero, en

³¹ Ibidem, pp. 33-34.

³² Ibidem, p. 118-119.

³³ Ibidem, p. 113.

³⁴ Ibidem, p. 114.

privado, la cuestión sigue alimentando el debate historiográfico debido a las diferencias doctrinales que sostuvieron ambos.³⁵

Según escribió Berenguer en 1918, el mando debía situarse a distancia de la línea para dominar el conjunto y socorrerse con enlaces mediante el uso del heliógrafo, el teléfono y la radiotelegrafía. En la región de Yebala se hizo ahí, pero el Protectorado español no acababa ahí. Dámaso Berenguer no dominó el mentado conjunto, pese a disponer de cuantiosos informadores y a presumir del amplio empleo de esas modernas tecnologías en Marruecos. Así las cosas, el hecho fue que el día 19 de julio de 1921, presente en Rokba el Gozal y embebido por el cerco final sobre Beni Aros, tuvo que trasladarse a Tetuán para atender a Silvestre y sortear las dificultades comunicativas entre Annual-Melilla-Rokba-Madrid.³⁶ En *Campañas* no disimuló su malestar por lo ocurrido, pero silenció el riesgo que él previamente había asumido al autorizar el avance de su subordinado. En el terreno historiográfico, se puede conjeturar sobre la incomodidad asociada al puesto de Alto Comisario (o al ejercicio del mando, precisamente, sobre Silvestre); aunque también se puede concluir y de inmediato se comprobará el motivo, que en el pecado llevó la penitencia.

Terminemos subrayando que, en su primer ensayo, Berenguer se rebeló contra lo que denominó «la leyenda del repliegue» y desmitificó la dificultad de esta maniobra al señalar que:

No puede ni debe ser los mismo cuando el repliegue obedece a una voluntaria interrupción de la lucha (...) o porque los medios de que se dispone no permitan alcanzar un resultado práctico del combate y se abandona la lucha antes de llegar a un contacto demasiado estrecho.³⁷

El militar entendió que la diferencia entre combate en repliegue y retirada general resultaba vital en el escenario marroquí y justificó el recurso habitual al primero, pero huyendo de la táctica del escalonamiento de la infantería en marcha y del fuego en retirada. En su lugar, y para ganar velocidad, abogó por el mutuo apoyo entre núcleos que retroceden saltando de posición a posición.³⁸ Lamentablemente, llegados a 1921, constatamos cómo ese apoyo entre distintos enclaves no resultó factible.

³⁵ Julio ALBI DE LA CUESTA: *En torno...*, p. 101. El general Manuel Fernández Silvestre fue partidario del sometimiento militar del territorio antes del inicio de cualquier intento de acercamiento político. Por otra parte, desconfió del voluntariado y de la Legión, elementos que siempre intentó potenciar Berenguer.

³⁶ Véase Dámaso BERENGUER: *Campañas en el Rif y Yebala. Notas y Documentos. Años 1921-22*, Madrid, Sucesores de Regino Velasco, 1923, p. 71.

³⁷ *Ibidem*, p. 173.

³⁸ *Ibidem*, p. 179.

Campañas en el Rif y Yebala: el arte de poner una vela a Dios y otra al Diablo.

¿Qué ocurre cuando saltamos de la esfera teórica a la realidad? Pues que el modelo táctico de Berenguer no se puede comprender si no conocemos antes una particularidad del Protectorado español de Marruecos: las habituales intromisiones partidistas en la Alta Comisaría. Por este motivo, mientras que Lyautey logró concentrar un enorme poder en sus manos, sus homólogos españoles siempre estuvieron sometidos a la doble dependencia de Estado y Guerra.³⁹ Los gobiernos fallaron a la hora de definir con precisión y claridad la sujeción del Protectorado con respecto a la Administración General del Estado y se ha enfatizado, en este sentido, que la inacción impuesta durante la Gran Guerra alimentó la rebeldía. Al poco de finalizar esta contienda, un prevenido Berenguer, decidido a no correr la misma suerte que el viejo Jordana, quiso imprimirle otro carácter a su mandato.⁴⁰ Curiosamente, entre los estudiosos de las campañas hispano-marroquíes, es un lugar común presentar a ambos generales como adalides de la combinación entre acción civilizadora y bélica. Sin embargo, un análisis más profundo de la correspondencia generada por ambos (en particular cuando trababan con políticos), permite apreciar que el carácter de Berenguer fue más autoritario, con cierta tendencia a un engreimiento que, por momentos, acertó distancias con Silvestre.

Públicamente, desde comienzos de 1919 ganó peso la idea del avance hacia el bautizado como «protectorado civil». Respaldado por el presidente Romanones e inspirándose en el modelo francés, Berenguer quiso entonces tanto apaciguar a la opinión española como refrenar las ambiciones galas, promocionando una forma de intervención en el escenario marroquí en apariencia poco belicosa, que generaba una falsa imagen de ahorro de fuerzas metropolitanas y estaba más orientada hacia la bautizada como «acción civilizadora» a través del fomento de obras públicas, del despliegue comercial, construcción de escuelas, hospitales, etc.⁴¹

En la franja occidental, el Alto Comisario optó por proteger lo ocupado con una línea de puestos de avanzadilla y blocaos, ubicados en elevaciones, cruces o pasos

³⁹ Leandro MARTÍNEZ PEÑAS: “La Administración del Protectorado de Marruecos en los órganos centrales del Estado (1912-1935), en Javier ALVARADO y Juan Carlos DOMÍNGUEZ (eds.), *La Administración del Protectorado español en Marruecos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014, pp. 133-156.

⁴⁰ Romanones confesó que «ninguno de los gobiernos que se sucedieron el poder en España durante la guerra tuvieron libertad, acierto y fortuna [...] para haber sometido a las cabilas [...] Terminada la guerra, la abundancia de sobrantes de pertrechos militares daría a los moros modo de revolverse». Véase Álvaro de MARICHALAR: *Las responsabilidades políticas del Antiguo Régimen*, Madrid, Renacimiento, 1924, p. 97.

⁴¹ En caso de precisarse el empleo de la fuerza, Berenguer consideró oportuna la organización de «operaciones de policía» si la vanguardia se hallaba una zona neutral; y la de «operaciones con el Ejército» ante fuerzas enemigas. En la práctica, se evitó el empleo de tropas metropolitanas como fuerzas de choque por su nefasto impacto en la opinión peninsular. No obstante, el empleo de policías indígenas y harkas amigas en combate provocó su agotamiento, lo que, unido a los abusos de algunos oficiales, explica las comunes defecciones durante estas campañas. En 1920, con la creación de La Legión ya se intentó paliar este problema.

difíciles, que aseguraban la labor incesante a retaguardia de las oficinas de policía: la captación de notables para lograr la sumisión completa de las cabilas y la derrota de El Raisuni. La extensión de la *mancha de aceite* funcionó aquí. Pero, la zona oriental, en cambio, se convirtió en la manzana envenenada de Berenguer: una región aparentemente tranquila, donde no se operaba desde 1912. Los españoles no hallaron ningún cabecilla de prestigio con quien cooperar y, por este motivo, la intervención española exigió el empleo de más policía y, sobre todo, del viciado desembolso de más pensiones para atraer a los notables de la región.⁴² En teoría, el sistema estaba diseñado para evitar el derramamiento de sangre; en la práctica, fue el único modelo de gestión que garantizó el dominio hasta la línea del Kert; pero prendió la llama de la codicia entre los cabileños, alimentó envidias y constituyó también, ya en 1920, una de las causas del levantamiento de Abdelkrim.⁴³

Enunciada su meta *profesional*, conviene advertir que el Alto Comisario atendió, asimismo, a un propósito *personal* al retomar la pluma. Cuando en 1923, por primera vez, Dámaso Berenguer publicó sus memorias pretendió otorgarle un valor testimonial.⁴⁴ Así lo afirmó en el prólogo, al detallar que se trataba de «la cuenta que yo hubiera dado, si se me hubiera pedido antes de formar concepto de los hechos».⁴⁵ Parece razonable esta actitud a la defensiva porque no le había resultado nada fácil asentarse en Tetuán. El papel del Alto Comisario no era sencillo por los problemas que planteaba la estructura de mando: en diciembre de 1918, siendo Berenguer ministro de la Guerra, el gobierno de Romanones decidió nombrar Alto Comisario a un civil y, de paso, suprimir el cargo de general en jefe del Ejército en África (una iniciativa del propio Dámaso). Como ningún político aceptó semejante nombramiento, Berenguer acabó siendo el elegido para el cargo a comienzos de 1919. El episodio no deja de ser revelador: pesaba más el Berenguer político que el militar porque, al aceptar ese cargo, ya sabía –el pecado original– que se había roto con el principio de la unidad de mando y de la acción de conjunto. De hecho, no escatimó esfuerzos hasta lograr la ampliación de sus atribuciones en agosto de 1919 (con el ministro Villalba) y, de nuevo, en septiembre de 1920 (con

⁴² Buena prueba de las dificultades del avance español fue el simple hecho de que el jalifa apenas halló reconocimiento en la zona asignada hasta, al menos, 1925. En Irene GONZÁLEZ GONZÁLEZ: “Imágenes de poder en el espacio colonial: la legitimación de la autoridad jalifiana en el Marruecos español (1912-1925)”, *Pasado y Memoria*, 18 (2019), pp. 113-130, DOI: <https://doi.org/10.14198/PASADO2019.18.06>

⁴³ Los efectos contraproducentes del pago de pensiones fueron denunciados, décadas más tarde, por Manuel GALBÁN JIMÉNEZ: *España en África. La pacificación de Marruecos*, Madrid: Imprenta Servicio Geográfico del Ejército, 1965, pp. 273-285 y 591-595.

⁴⁴ En 1948 Berenguer publicó *Campañas del Rif y Yebala. Correspondencia y documentos oficiales para el estudio de nuestra acción militar y política. Notas de mi diario 1919-1921*. Es una obra más extensa y completa que la que aquí se analiza, pero con menos vocación exculpatoria por ser más tardía.

⁴⁵ Dámaso BERENGUER: *Campañas...*, [prólogo sin paginación].

Eza).⁴⁶ Pudo así, entre otras facultades, garantizarse la inspección general de las tropas –sin el mando directo sobre las mismas–, así como a iniciativa y aprobación de los planes de operaciones.

Igualmente, se debe señalar que los sucesos narrados por el Alto Comisario han merecido una notable atención historiográfica. Acudimos a este relato para acercarnos a una versión –la suya, que no la oficial– de lo ocurrido antes y después del trance de Annual; para conocer sus impresiones sobre el difunto general Fernández Silvestre; para escarbar en el proceso de depuración de las responsabilidades; y, en suma, para cargarlos de razones cuando nos adentramos en ese apasionante, aunque no menos tortuoso, debate entre apologistas y detractores de ambos mandos.⁴⁷

No obstante, el segundo ensayo de Berenguer puede ser objeto también de un interesante examen que nos aproxime a los rasgos definitorios de su pensamiento estratégico y táctico. Así sintetizó su procedimiento de avance para «la guerra africana»:

Las posiciones se elegían a instancia de las cabilas y no atendándose a exigencias militares [...] No se actuaba en una guerra clásica [...] La misión de España tenía carácter político, más que militar; reducir las cabilas a la obediencia del Sultán en la zona que internacionalmente se le había asignado [...] por procedimientos de atracción [...] Este sistema de progresión pacífica convertía al Ejército en un instrumento de la política [...] Se trata solo de montar una administración; el tránsito del estado de rebeldía al de sumisión es apenas sensible; todo se traduce a nombrar autoridades y establecer la policía indígena que las auxilien.⁴⁸

Berenguer minimizaba las dificultades que planteaba la guerra asimétrica del Rif. Por desgracia para el Alto Comisario, ese tránsito, en lugar de «apenas sensible» despertó, como se sabe, un fuerte rechazo. Debemos situarnos en mayo de 1920, coincidiendo con la toma de Dar Drius, para entender los razonamientos de Berenguer. ¿Por qué Berenguer no hizo coincidir el inicio de su narración y el de su mandato? Lograba, de entrada, dirigir la atención del lector hacia la Comandancia de Melilla y, sobre todo,

⁴⁶ Salvador FONTENLA BALLESTA: *La guerra de Marruecos (1909-1927). Historia completa de una guerra olvidada*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, p. 266 y 353. Fontenla argumenta que el Ministerio de Estado, con un nombramiento civil, deseaba controlar tanto la política como las operaciones en Marruecos y explica que el Estado Mayor Central, encabezado por el general Weyler, tuvo un papel marginal en la planificación de las operaciones. En cambio, Caballero aprecia en las maniobras de Berenguer una clara voluntad por corregir esa pérdida de atribuciones que él mismo orquestó (R.D 11/12/1918). En Fernando CABALLERO ECHEVARRÍA: *Intervencionismo...*, pp. 314-318.

⁴⁷ Entre las publicaciones más recientes sobre la depuración de responsabilidades véase Fernando CABALLERO ECHEVARRÍA: “El Expediente Picasso: tensión política, mediática y social”, *Cuadernos de Investigación Histórica*, 38 (2021), DOI: <https://doi.org/10.51743/cih.240>. El autor carga las tintas contra Berenguer por ignorar las solicitudes de Silvestre y por la negación de auxilio a Nador y Zeluán. También pone de relieve su relación previa, y cercanía, con el general Picasso. Por último, censura la dependencia *de facto*, que no *de iure*, de este con relación al Alto Comisario a causa de las intromisiones del ministro La Cierva.

⁴⁸ Dámaso BERENGUER: *Campañas...*, p. 62.

evitaba referirse a la llegada de Silvestre a Ceuta y a los primeros roces con motivo de la operación del Fondak. Evidentemente, aquí importa lo escrito y, quizás más, lo omitido.

El Alto Comisario celebró, en cualquier caso, el avance sobre Dar Drius, pero su transformación en una fuerte base de operaciones y la ocupación de Tafersit pusieron en alerta a los rifeños. Berenguer incurrió en una contradicción al comunicarle al gobierno, el 14 de noviembre y ante los apremios de Silvestre -decidido a frenar la agitación causada por el jerife Tunzi-, que «en la Alta Comisaría no se apreciaba del mismo modo la urgencia del avance, por no entrar en los proyectos del Alto Comisario activar las operaciones en oriente». ⁴⁹ Faltaba a la verdad porque estos avances solo constituían la primera fase de una estrategia más amplia que aprobó (su penitencia), cierto que tras vacilar, en noviembre también; una estrategia diseñada para el sometimiento de los Beni Ulichek y el involucramiento de Beni Said. Ambos objetivos se alcanzaron a principios de diciembre, y la campaña se dio por finalizada con el licenciamiento del reemplazo de 1917 antes de las celebraciones navideñas. ⁵⁰ Dámaso Berenguer concluyó que «la acción política y la militar se compenetraron y colaboraron en esta ocasión como en pocas»; ⁵¹ se rebelaba, al tiempo, contra los que lo juzgaban como pusilánime ante un Silvestre desbocado. ⁵² En conjunto, la operación fue arriesgada tanto por su profundidad como por el hecho de que el flanco norte quedó expuesto a ataques. Los movimientos se practicaron, eso sí, de modo audaz, sorpresivo y rápido en un territorio inhóspito y con un clima severo. Frente al *paco* con kilos de paciencia, la asimetría del ataque veloz y muy bien planificado. Además, la casi simultánea ocupación de Xauen –fruto de la buena coordinación entre tres columnas, bien avitualladas y acompañadas de aviación– también supuso un movimiento profundo, arriesgado y que quebraba el principio de economía de medios.

El 6 de enero de 1921, Silvestre fue autorizado para ocupar Mehayast, Annual, Sidi Hosain y Sidi Dris. ⁵³ A juicio de Berenguer, y una vez dominados estos enclaves, «proseguir el avance (...) se hubiera salido del control del Alto Comisario». Vemos, por tanto, a un político que sí fiscaliza la labor de su subordinado, pero incapaz de apreciar que ya se había perdido ese control de la situación. Se cree que se había perdido porque, aunque en la documentación y la correspondencia entre mandos se aludía al camino costero –desde febrero Morales planteó la ocupación de Sidi Dris como gran base

⁴⁹ Ibidem, p. 3.

⁵⁰ Ibidem, p. 8. Berenguer señaló que, en un telegrama remitido el 13 de diciembre de 1920, Silvestre le propuso anticipar el licenciamiento de las tropas del tercer año y él lo rechazó. Sin embargo, no tenemos constancia del documento y sí de lo contrario (telegrama del 22 de enero de 1921). Véase Archivo Histórico Militar de Madrid, Fondo Manuel Fernández Silvestre, caja 1525, carpeta 21.

⁵¹ Dámaso BERENGUER: *Campañas...*, p. 20.

⁵² Ibidem, p. 7.

⁵³ Ibidem, p. 9.

logística para el avance sobre Alhucemas—,⁵⁴ la verdadera naturaleza de la toma de Annual se nos escapa. ¿Cómo podría servir de base eventual en esta marcha? Andando el tiempo se comprobaría cómo lo imposible fue prestarle a ella socorro.

El informe del coronel Morales y el plan de estabilización de Tensaman, elaborado por Silvestre, precedieron al viaje de Berenguer a la Comandancia de Melilla.⁵⁵ El Alto Comisario conoció, durante su estancia en el territorio oriental, el interés de Silvestre por ocupar Beni Mellul; tomó conciencia, sin que le quitase el sueño, de la amenazadora presencia de los Urriaguel en el Yub; y, lo que más nos interesa, inspeccionó varias posiciones. Entre otras, Buimeyán, inmediata a Annual:

A nuestra izquierda, agua arriba el río, se veía a corta distancia una loma, la de los Árboles, que cubría el sitio donde designaban el Zoco del Jemis, que no se veía; hacia la derecha, norte, aparecían apenas las tiendas de campaña de la posición de Sidi Dris, casi tapada por la altura de Talilit (...) Empezaban a croquizarlo los oficiales de la Comisión topográfica.⁵⁶

Aunque la labor política apenas había avanzado y la orilla izquierda del río Amekran inspiraba temor, Berenguer autorizó a Silvestre para ocupar un enclave delante de Budinar y otros sobre el Zoco del Jemis y Axdir.⁵⁷ Ambos, pues, corrían mientras el gobierno les dejaba hacer.⁵⁸ No tardaron en sufrir un primer tropiezo en la posición de Abarrán. El juicio de Berenguer resulta, a todas luces, muy benévolo: le restó todo mérito al enemigo y se empeñó en desconectar el suceso de lo ocurrido después en Annual.⁵⁹ La pérdida de Abarrán no resultaba insólita, sino que:

Es el tributo de la guerra contra países salvajes, y más señaladamente el de la penetración marroquí; pero es tributo que, generalmente, solo pagan las tropas esencialmente dispuestas para ello: las unidades indígenas. Sería imperdonable exponer fuerzas metropolitanas en esas empresas; pero sería desaprovechar muchas de sus ventajas el no dar a las fuerzas indígenas, muy especialmente a las irregulares, la

⁵⁴ “Informe reservado del coronel Morales al general Silvestre”, en VV. AA: *Historia de las Campañas de Marruecos. Tomo III*, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1981, pp. 619-623; y “Plan político-militar a realizar sobre Alhucemas”, Archivo Histórico Nacional, Tribunal Supremo, 51 N 2 folios 628-639.

⁵⁵ Dámaso BERENGUER: *Campañas...*, pp. 15-19.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 20.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 22. Berenguer dijo que «no podían considerarse como el avance, ni él [Silvestre] lo consideraba así».

⁵⁸ *Ibidem*, p. 24. El Alto Comisario apenas comentó la represalia posterior de los Beni Urriaguel de la montaña contra los colaboracionistas de Axdir. Otro detalle llamativo relacionado con este viaje a Melilla es que, en la carta que, el 17 de abril, Berenguer dirigió al ministro de Estado, marqués de Lema, extraña que aludiese a «la ocupación de la bahía de Alhucemas, que se realizará, a ser posible, marchando por tierra a través de la cabila de Tensaman, y solo en caso necesario auxiliada por un desembarco».

⁵⁹ *Ibidem*, p. 34.

flexibilidad de empleo en que estriba su máximo rendimiento [...] Solo se salió de las características de una operación de policía por la concurrencia de artillería.⁶⁰

Una acción enormemente impactante, además de todo un éxito propagandístico, en un contexto de lucha sin cuartel y sin grandes batallas debido al carácter escurridizo del enemigo. Estas fueron algunas de las características definitorias de la guerra asimétrica del Rif. Se ha escrito hasta la saciedad sobre el episodio de Abarrán y sobre la inclusión de cuatro baterías de montaña en la marcha. Sorprende que la columna de vuelta siguiese un itinerario distinto al de ida; y que Villar, al mando de la operación, regresara con las ametralladoras, pero no con los cañones. Además, llama la atención que desde Annual nadie acudiese en auxilio de Abarrán, probablemente porque juzgaron que podrían rechazar la agresión por sus propios medios. Reparemos en los hechos: la ocupación de Abarrán significaba un salto al frente de aproximadamente ocho kilómetros. Perdido este punto, Berenguer ordenó a Silvestre «abstenerse de todo movimiento». Pero, mientras que el Alto Comisario recelaba del envalentonamiento enemigo, Silvestre entendía que la inacción española resultaba contraproducente. Esta asimetría en la moral de los combatientes acabaría resultando destructiva para los españoles.

Bastante más adelante, el 18 de julio de 1921, Berenguer matizó sus palabras, probablemente porque adquirió conciencia de su error: «Aunque en mis instrucciones recomendara a V. E. adoptar una actitud defensiva (...) esto no quiere decir que deba V. E. encerrarse en una pasiva defensiva».⁶¹ El 7 de junio, con la intención de garantizar la seguridad del camino Ben Tieb-Annual, Silvestre ya había ordenado la toma de Igueriben «en uso de la recomendación hecha».⁶² Lo que Berenguer no hacía, en cambio, era autorizar la creación del Grupo Regulares de Alhucemas y de una harka.⁶³ Al contrario, se atrincheraba por temor a la supuesta acometividad de Silvestre y cargaba contra él al precipitarse los acontecimientos cuando los rifeños se adueñaron de la Loma de los Árboles:

¿Por qué no se me dijo en el parte la importancia que tenía el servicio que impidió el enemigo se estableciera y solo se me presentó el hecho como una hostilidad a

⁶⁰ Ibidem, p. 35 y 41.

⁶¹ Ibidem, p. 69.

⁶² Ibidem, p. 44. Silvestre carecía entonces de libertad de acción frente a un ejército movilizable de unos 18.000 combatientes. Salvador FONTENLA BALLESTA: *La guerra...*, p. 320. De acuerdo con este autor, 8.800 procedían de Beni Urriaguel, 5.300 de Beni Tuzin, otros 2.700 combatientes de Beni Ulichek y, por último, un millar de Tensaman.

⁶³ Peticiones que se recogen en los informes de Morales y Silvestre (ya citados), aunque también en los telegramas del 4, 9 y 10 de junio de 1921. Véase “Correspondencia intercambiada entre generales Berenguer y Silvestre”, Archivo Histórico Nacional, Tribunal Supremo, 51 N 3 folios 873, 875 y 886-887.

descubierta? [...] ¿Por qué no se me dijo que, después de varios asaltos, las fuerzas no pudieron llegar al punto que se proponían y acabaron por huir?⁶⁴

En resumen, Dámaso Berenguer se presentó, al analizar los telegramas remitidos desde Melilla los días 16 y 17 de junio, como una víctima de las políticas desinformativas de Silvestre.⁶⁵ Hoy en día, autores como Terreros Ceballos y Albi de Cuesta secundan esta idea.⁶⁶ A diferencia de ellos, Caballero Echevarría ha defendido que la comunicación entre ambos mandos fue constante y, en líneas generales, cordial. El Alto Comisario, no obstante, siempre priorizó *su guerra de la montaña*, en Yebala.⁶⁷ Sostenemos aquí, en efecto, que Berenguer desembarcó en Marruecos con una clara convicción: «en tanto no se expulsara al Raisuni de Beni Aros, no habría tranquilidad en la zona».⁶⁸ Cualquier investigador familiarizado con los textos de Berenguer es perfectamente consciente de que este se muestra más aleccionador y locuaz, describiendo al detalle las marchas de columnas convergentes a retaguardia de los núcleos enemigos, cuando se refiere a esta región. No escatima, por ejemplo, en reflexiones de carácter táctico:

La táctica más conveniente para operar en país montañoso, cual es aislar y reducir al enemigo en las zonas inhospitalarias en las cuales no encuentre medios de vida, apoderándose de los centros de comunicación y de riqueza, de los terrenos de labor y pastos, rehuendo, en lo posible, el tránsito por las comarcas de máximas dificultades, de difícil acceso y de escasas vías, como las del Yebel Alam y el Buhaxem.⁶⁹

⁶⁴ Dámaso BERENGUER: *Campañas...*, p. 47.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 65- 67. No son los únicos reproches contra el Comandante General de Melilla que hallamos en *Campañas*. Más adelante, Berenguer le recrimina la política inoportuna de relevos indígenas y la laxa concesión de permisos peninsulares para la tropa. El Alto Comisario negó que Silvestre se impacientase ante la falta de refuerzos, argumentando que su obsesión era el retraso en la habilitación de caminos, cuestión que escapaba de sus competencias.

⁶⁶ Gonzalo TERREROS CEBALLOS: *Antonio Maura y la cuestión marroquí*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2013, pp. 231-232. Disponible en: <https://eprints.ucm.es/22275/>; y Julio ALBI DE LA CUESTA: *En torno...*, pp. 264-265.

⁶⁷ Fernando CABALLERO ECHEVARRÍA: *Intervencionismo...*, pp. 310-408. Este investigador incurre en cierta contradicción al defender la famosa «comunidad de ideas» entre Berenguer y Silvestre (p. 332) y, a la vez, enfatizar la acometividad del primero frente a la prudencia del segundo. Caballero responsabiliza a Berenguer, del que comenta que tuvo nueve suspensos en la Academia General, incluida Táctica (p. 315), de desconocer la psicología *mora* –porque pregonó ante los periodistas, en abril, sus intenciones de avance sobre Alhucemas– (pp. 363-364), así como la topografía del Rif (p. 370). Lo acusa, además, de guiarse por malas fuentes de información (p. 374), de cometer errores interpretativos muy graves (p. 383) y de negarle fuerzas al general Silvestre (pp. 405-408). Aquí se defiende, sin embargo, que Berenguer sí conocía el frente de avance porque inspeccionó los alrededores de Buimeyán y que dispuso de muchos «ojos» en la Comandancia de Melilla (el Comandante del Peñón, que en efecto minusvaloró la importancia del harca en el Yub, pero también Gabriel Morales, por ejemplo).

⁶⁸ Dámaso BERENGUER: *Campañas...*, p. 52.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 55.

Vemos aquí al mejor Dámaso Berenguer, al teórico de la contrainsurgencia, un oficial tremendamente resolutivo y sabedor de la importancia operativa de las columnas móviles, sustentadas con bases de aprovisionamiento alejadas de la línea de contacto:

Se puede apreciar la diferencia de los procedimientos empleados por nosotros (...) Nos referimos al empleo de columnas con pesado convoy de víveres y municiones, columnas a las que se dota de medios de transporte fabulosos, que nosotros no teníamos, ni es fácil tener, pero que además complican [...] Aquí el sistema es muy otro: consiste en tener las tropas en reposo y en cuarteles de descanso y formar grandes bases [...] quedando la columna, con solo su tren regimental y reforzada con elementos de transporte para otros menesteres, en más fáciles y seguras condiciones de maniobra.⁷⁰

La movilidad, el ataque, como principio doctrinal de la guerra asimétrica. Pero no estaría de más interrogarse sobre cómo el general Silvestre podría garantizar esa maniobrabilidad en el territorio de la Comandancia de Melilla, cuando se desesperaba solicitando créditos para caminos.⁷¹ Debiéramos, asimismo, no pasar por alto ese atisbo de envidia ante la superioridad tecnológica con que obraban los franceses. Berenguer hacía de la necesidad virtud al subrayar que España actuaba en Marruecos con menos camiones, ambulancias, etc.

El intercambio de telegramas entre Melilla y Tetuán se intensificó sobremanera desde el día 18, si bien el Alto Comisario permanecía impasible, seguro de que el desgaste en combate no era excesivo y, en lo tocante a Silvestre, de que «no se apartaba de su imaginación la idea de avanzar».⁷² Así las cosas, a partir del 21 de julio, se consumó el desastre en la región oriental. Silvestre comunicó al Alto Comisario su propósito de retirarse a la línea de Ben Tieb, a lo que este respondió con un «quedo enterado».⁷³ No era uno de esos repliegues tácticos de la guerra africana porque todavía no se había iniciado el combate. Berenguer conocía perfectamente los peligros de este tipo de operación y, sin embargo, no opuso ninguna resistencia ante la decisión de Silvestre. Dos años después, en sus *Campañas* lo explicaría: «Cualquier determinación que hubiera sugerido al

⁷⁰ Ibidem, p. 56.

⁷¹ Sobre la insistencia de Silvestre en este asunto, consúltese Archivo Histórico Militar de Madrid, Fondo Manuel Fernández Silvestre, caja 1525, carpeta 22. La petición de créditos para la construcción de caminos aparece en varios telegramas porque suponía un beneficio para la zona, generaba empleo entre los cabileños y favorecía el abastecimiento y movimiento de tropas.

⁷² Dámaso BERENGUER: *Campañas...*, pp. 77-78.

⁷³ Agradecemos a Santiago Domínguez Llosá el hecho de que nos haya proporcionado la transcripción de esta conversación, efectuada por el Comandante del Cañonero Laya ante el ministro de Marina. El Alto Comisario decía: «Estudiamos la manera de enviarle refuerzos, pero no creo posible puedan llegar hasta mañana a la noche. Como V. E. está en comunicación con Guerra, supongo que de allá le mandarán. A eso de las seis de esta tarde estaré en Tetuán, llámeme allí». En «Buques de guerra. Cañonero Laya», Archivo General Militar Álvaro Bazán, sign. 1176-401.

mando de Melilla carecía de la eficacia que pudiera dar el conocimiento exacto de la situación». ⁷⁴ Eligió, en consecuencia, confiar en la capacidad resolutive de Silvestre. Parece imposible imaginar qué sentiría este, solicitando refuerzos y topándose de bruces con un político.

Una vez desaparecido el Comandante General, Berenguer decidió trasladarse urgentemente a Melilla, dejando en suspenso la arremetida final contra El Raisuni. ⁷⁵ No tardó en sentirse desbordado y confesar: «Es un caso realmente extraordinario, pues no se trata de reforzar un ejército con elementos nuevos, sino de crear un ejército para combatir al día siguiente». ⁷⁶ El relato de los posteriores avances es detallista, repleto de datos, descripciones de columnas y no faltan, por descontado, las alusiones a la enorme utilidad del fuego artillero y los apoyos de la escuadra y la aviación. Berenguer se mostraba como un gran director de orquesta, en comunicación constante con el Ministerio de Guerra, muy consternado por el asunto de los prisioneros y siempre atento a la evolución de la moral enemiga. ⁷⁷ No se extendió demasiado al aludir a la «enérgica impulsión» del Comandante General Calvancanti para introducir un convoy en Tizza. ⁷⁸ En cambio, sí se aprecia cierto tono autocomplaciente coincidiendo con la toma del Gurugú porque «produjo gran alegría en la población de Melilla, que se veía al fin libre de la amenaza». ⁷⁹ Y, más aún, se percibe un prurito de orgullo al describir minuciosamente la toma del contrafuerte de Magán, en Gomara: «Me propuse poner de relieve el margen de resistencia que tienen las posiciones y lo que se puede esperar de las columnas cuando se baten con energía y son bien conducidas». ⁸⁰ A buen entendedor... el Alto Comisario denunciaba la falta de moral combativa en Annual y cargaba contra Silvestre.

En el plano estratégico, Berenguer se inclinó desde octubre, y así se lo comunicó al ministro La Cierva, por el aislamiento del Rif, avanzándose en la ocupación de

⁷⁴ Dámaso BERENGUER: *Campañas...*, p. 80.

⁷⁵ Genera cierto asombro su reflexión más inmediata tras la “forzosa evacuación” de Annual: «Dejaba tras mí una labor militar brillante y prometedora (...) ¿Era fatalidad o suerte del adversario? Pero lo que más me intranquilizaba en aquellos momentos era la repercusión que allí pudiera tener lo ocurrido en Melilla» (Ibidem, p. 64). No parece preciso extenderse para explicar que, obsesionado por acumular laureles luchando contra el Raisuni, aflora en este pasaje el peor Berenguer, el arrogante e inflexible.

⁷⁶ Ibidem, p. 94. Dámaso Berenguer explicó, en las páginas que siguen, por qué no consideró adecuado prestar auxilio a los sitiados en Monte Arruit, decisión muy cuestionada entonces y debatida por la historiografía hasta la actualidad. Hasta el día 15 de agosto, disponiendo en Melilla de 36.000 expedicionarios (p. 109), no presentó un plan de “reconquista”, que recibió el beneplácito del nuevo gobierno de Antonio Maura y se empezó a ejecutar desde el 17 de septiembre.

⁷⁷ Ibidem, pp. 117-121. Berenguer, en una carta remitida al nuevo gabinete a finales de septiembre, se posicionó a favor del pago de tres millones de pesetas por la liberación de los cautivos. No obstante, al finalizar enero de 1922, el Alto Comisario se mostró más receloso porque intuía lo peligroso que podría resultar financiar a Abdelkirm. Sobre todo, porque el gobierno Maura empezaba a estudiar una repatriación (p. 175). En junio de 1922, bajo el ejecutivo de Sánchez Guerra, se le exigió esa repatriación de 20.000 combatientes (p. 203). El Alto Comisario pudo elevar la cifra hasta 24.000 (p. 206).

⁷⁸ Ibidem, p. 122.

⁷⁹ Ibidem, p. 127.

⁸⁰ Ibidem, p. 140.

enclaves en su frontera sur (para amedrentar a los franceses) y limitándose a una ocupación costera en el norte:

Antes de los sucesos de Melilla tenía ya en tratos la ocupación de Punta Pescadores [...] Sería además necesario ocupar en el Peñón de Vélez el terreno necesario [...] Sería además preciso ocupar en la bahía de Alhucemas el terreno suficiente para que fuera efectiva nuestra acción [...] Y, por último, con la recuperación de Sidi Dris y Afrau quedaría la cortina de costa a que me refiero.⁸¹

Los puntos señalados dibujaban, por tanto, una línea de avance desde el oeste hacia el este, sin llegar a concretar si le iba a conferir un mayor protagonismo a las comandancias occidentales en este movimiento, pero subrayando la necesidad de más apoyos marítimos y sobornos porque «dinero y otras ventajas» son «las armas más eficaces contra los musulmanes».⁸² Dámaso Berenguer, sin embargo, no vería ejecutado este plan. Muy molesto por algunas campañas periodísticas, y aunque siempre gozó del respaldo del gabinete Maura,⁸³ no ocurrió lo mismo con el de Sánchez Guerra. En el verano de 1922 fue sustituido por Burguete, quien no tardó en restablecer los pactos con El Raisuni.

Conclusiones

Dámaso Berenguer escribió mucho sobre Marruecos, pero cultivó poco la virtud de la autocrítica, más allá de reconocer las vacilaciones del mando local en los momentos iniciales del ataque sobre Igueriben.⁸⁴ Al contrario, presumió de beber de la Historia, sin reparar excesivamente en las particularidades de las distintas experiencias coloniales, y sacó pecho para defender su obra, ese ejército creado en Melilla, con unidades bien entrenadas, convenientemente dotadas y, todo, en apenas medio año:

Así en los servicios de vanguardia y de las columnas como en los de retaguardia: desde hospitales de primera línea a trenes de evacuación a cargo de la Cruz Roja; desde los más abundantes elementos de transporte al más moderno servicio de higiene de los campamentos.⁸⁵

⁸¹ Ibidem, p. 131.

⁸² Ibidem, p. 132.

⁸³ Ibidem, pp. 145-146. Como «el Mando sin prestigio ni es mando ni es útil», Berenguer presentó su dimisión en noviembre (lo había intentado en agosto), pero no fue aceptada. Desde comienzos de 1922, de nuevo, se presentó como víctima de una opinión furibunda, pese a la recuperación de Dar Drius (p. 167).

⁸⁴ Francisco ALÍA MIRANDA: «Los militares ante la justicia: el Consejo Supremo de Guerra y Marina y las responsabilidades del Desastre», *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 39 (1921), p. 129.

⁸⁵ Dámaso BERENGUER: *Campañas...*, p. 168.

Las tropas que operaron en el territorio melillense a partir de septiembre de 1921 poco tuvieron que ver, efectivamente, con el ejército del general Silvestre. Eran más numerosas y estuvieron mejor armadas y pertrechadas.⁸⁶

El Alto Comisario se mantuvo siempre fiel a su método de avance y poco antes del encuentro en Pizarra, el 31 de enero de 1922, escribió a González Hontoria, ministro de Estado, defendiendo la idoneidad de lo que Lyautey bautizó como «la empalizada»: una cortina de puestos, todos los que se requieran, para separar la zona sometida de la rebelde.⁸⁷ Ahora bien, ni él ni Silvestre llegaron a contemplar la rendición del jerife de Yebala, ni mucho menos, de Abdlekrim.

Durante años, la forma de combatir de los rifeños había desconcertado a los militares españoles, incapaces de hallar semejanzas con mambises y tagalos más allá del carácter irregular de la lucha. Su extremo individualismo, extraordinaria movilidad y enorme resiliencia convencieron a Berenguer de la necesidad de adecuar los procedimientos tácticos tradicionales con el empleo de la *mancha de aceite* así como de tropas de Regulares Indígenas y de la Legión. Funcionó relativamente bien en la región occidental, pero no así en la zona melillense: Silvestre actuó con prisas cuando se dispuso a coronar el Monte Quilates, es verdad. Autorizó el emplazamiento de blocaos –muchos mal comunicados y desprovistos de agua– que no atendían a consideraciones tácticas, sino a las peticiones de los cabecillas locales; Silvestre no tuvo los recursos humanos y materiales suficientes para acometer esta operación, cierto también (y se pueden discutir mucho las razones); pero Silvestre, no es menos cierto, tuvo que enfrentar a un enemigo, Abdelkrim, más peligroso y menos familiar que El Raisuni. La asimetría tecnológica en favor del combatiente español quedó compensada por la asimetría de la fe en Abdelkrim y en su liderazgo, capaz de minar y socavar la moral del contrario.

Transcurrido un año desde el Desastre, celoso de su autoridad y muy abatido ante la perspectiva de un radical cambio en la dirección del Protectorado, Berenguer concluyó sus *Campañas* de esta manera:

Se hablaba de la necesidad de un Alto Comisario civil. Nada más perturbador para una empresa de este género que el prematuro cambio [...] y prematuro será mientras no se haya consolidado la pacificación de las cábilas [...] ¿Es posible que todavía haya quienes crean que allí estamos para proteger una nacionalidad? [...]

⁸⁶ El Alto Comisario, por cierto, guarda un oportuno silencio en todo momento a propósito del empleo de gases en el Rif.

⁸⁷ Dámaso BERENGUER: *Campañas...*, p. 173. La articulación de semejante cortina requería más hombres que la diseminación de blocaos –sin movilidad, ni dominio estratégico, como denunció Goded– practicada por Silvestre. Se deduce que, en la práctica, la política berenguerista de acumulación de fuerzas en 1921 contrariaba los escritos del tratadista Berenguer en 1918. En Manuel GODED: *Marruecos. Las etapas de la pacificación*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1932, p. 11.

¿Tan ciegos estamos, o es que no queremos abrir los ojos a la evidencia, que no vemos que lo que aceptamos el año doce fue construir, hacer una nacionalidad?⁸⁸

La montaña le había derrotado porque pesaba demasiado frente a liviandad de la política española. Probablemente, aquí radicó la mayor asimetría de esta prolongada guerra. En el verano de 1922, el avance militar decidido representaba, a juicio de Berenguer, la única opción viable para la implantación del Protectorado. Seguramente porque se impuso el general al político desde el preciso momento en que desapareció Silvestre.

⁸⁸ Dámaso BERENGUER: *Campañas...*, p. 210. El último apartado de las memorias de Dámaso Berenguer es, en realidad, una “Nota importante” sobre sus desoídas peticiones de créditos al vizconde de Eza. En cuanto a Abdelkrim, una reflexión sobre su discutido papel como padre del nacionalismo marroquí, en Jaume CAMPS GIRONA: *Entre el reformismo y el combate por la independencia. El nacionalismo en el Norte de Marruecos (1912-1956)*, Tesis doctoral inédita, Universitat Rovira i Virgili, Tarragona, 2020, pp. 188-192.